

## **RAMIRO LEDESMA. EL CREADOR DEL NACIONAL-SINDICALISMO Antonio Medrano**

La figura y la obra de Ramiro Ledesma Ramos, casi desconocida fuera de España y en la misma España, eclipsada por la influencia y la sombra de José Antonio Primo de Rivera, merecen ser presentadas a los ojos de las jóvenes generaciones europeas, de ser llevadas a las conciencias de quienes buscan una vía revolucionaria de radical renovación y normalización tradicional, para la Europa abatida de hoy y para el Occidente decadente. Y esto, no solamente porque Ramiro Ledesma fue uno de los más brillantes pensadores de la revolución nacional española, el creador genial del Nacional-Sindicalismo, el gran precursor del movimiento falangista, el hombre de acción y de pensamiento cuyo mensaje posee mucho de vida y de actualidad, sino también porque el análisis de su obra se presta para una discusión propicia a una serie de consideraciones doctrinales de la más grande importancia para la hora actual, hora en la que la desorientación comienza a hacerse sentir de manera agobiante entre los miles de jóvenes que buscan con ardor una alternativa al sistema.

Ramiro Ledesma Ramos nació en 1905 en un pequeño pueblo de la provincia de Zamora, en el seno de una familia modesta, “Hijo menor entre campesinos”, como dice de él Juan Aparicio, conoce desde sus primeros años la vida dura y resignada de los campesinos castellanos. De “su raza campesina, de su testaruda ascendencia sayaguesa” vendría esa “dureza innata” que siempre le caracterizó en todo su intenso trabajo. Su padre, maestro rural, será el encargado de formar su primera instrucción y las bases de lo que será su formación intelectual, sólida y extensa como pocas. La enseñanza recibida, a la cual hay que añadir una voluntad de hierro y un intenso trabajo de estudio, le abrirán posteriormente las puertas de la Universidad, por aquel entonces cerradas a la masa y reservadas a una pequeña minoría, permitiéndole obtener una actividad profesional que le permitiría ganarse modestamente la vida, en un puesto de funcionario de la administración de correos de Madrid, tras pasar las correspondientes oposiciones. Dos hechos que ejercieron una influencia decisiva en la configuración de su destino.

Santiago Montero Díaz, el más fiel de sus incondicionales, distingue en la vida de Ramiro tres períodos claramente diferenciados: un período literario, durante el cual escribe ensayos, relatos y novelas de una violencia desgarradora y romántica; un período filosófico, donde se despierta en Ramiro la pasión del saber especulativo y de la ciencia; una fase política, en la cual se consagra plenamente a la acción revolucionaria y al trabajo teórico para configurar un movimiento nuevo.

Del primer período tenemos sus obras “El sello de la muerte” y “El Quijote de nuestro tiempo”, en las que se perfila el vigor de su apasionada personalidad —de la última, dice Tomás Borrás—, “parece anunciar en la lejanía el donquijotismo de la Cruzada”. En su segundo período, Ledesma descubre el mundo de la filosofía y de la ciencia; profundiza durante ese momento en los cursos de Filosofía y Letras y de Ciencias fisicomatemáticas, dos dominios en los que se distinguiría brillantemente. Se impone a sí mismo una férrea disciplina de trabajo gracias a la cual adquiere una formación extensa y sólida como pocas la consiguieron en su época. “Las largas horas de estudio —escribe Santiago Montero— le proporcionan un amplio caudal científico, una de las más eficaces y vastas culturas logradas en su generación”. El rigor metodológico de las disciplinas filosóficas y matemáticas deja una marca indeleble en su carácter, marca que se manifestará en su estilo sobrio, conciso, fulminante, lleno de lógica y de una gran riqueza de expresión. En esta época nace su admiración por las obras de Kant, Scheller, Heidegger, Hegel y, sobre todos, Nietzsche, el cual impactaría decididamente sobre su vida interior. También se apasiona por los nuevos aportes de la vida intelectual española, especialmente por las obras de Unamuno y de Ortega y Gasset. Convertido en discípulo y colaborador del último, aportará diferentes trabajos y traducciones en la prestigiosa “Revista de Occidente”, la publicación dirigida por Ortega que representaba la cima del pensamiento español de la época. “Si su íntimo e

irrevocable destino —unido de forma irrevocable e íntima al destino de España— no le hubiese arrancado de su vida intelectual hacia sus primeros deberes, Ramiro Ledesma habría figurado en la historia de la cultura española como uno de nuestros principales filósofos” (Santiago Montero). “El Fichte español del siglo XX”, le llamará José María Sánchez Diana.

Finalmente, en los años 1929 y 1930, bajo la influencia de Nietzsche y de Maurras y ante los turbulentos acontecimientos que se producen en España y en Europa, se despierta su vocación política. En su respuesta a una encuesta sobre “¿Qué es la Vanguardia?”, realizada por la “Gaceta Literaria” en julio de 1930, Ramiro afirma que tanto a los liberales como a los socialistas y a los católicos, a los republicanos y a los monárquicos, “a todos se les escapa el secreto de la España actual, de su propia afirmación nacionalista y de su voluntad de Imperio”. Ese mismo año realiza un viaje de estudios a Alemania, donde le impresionarían las formaciones paramilitares del movimiento hitleriano y sus violentos combates callejeros contra el marxismo. En febrero de 1931, apenas cumplidos sus 25 años, se lanza a la política con su célebre “Manifiesto Político de la Conquista del Estado”, uno de los documentos más importantes y de más fuerza creativa de la historia política española. En marzo del mismo año aparece el primer número de la revista “La Conquista del Estado”, a la que le estará reservada una vida breve y desafortunada en razón de la continua represión gubernamental. Son éstos unos momentos críticos en los que la monarquía parlamentaria agoniza con sus últimos coletazos aguardando la inminente proclamación de la República. “La Conquista del Estado”, cuyo nombre no puede ser más elocuente, nace con la intención manifiesta de no ser un simple órgano de expresión, sino de agrupar a todas las “falanges juveniles” que ansían la revolución española”.

En noviembre de 1932, el grupo de “La Conquista del Estado”, fusionado con las Juntas Castellanas de Acción Hispánica de Onésimo Redondo, da nacimiento a las J.O.N.S. (Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalistas), cuyo primer mentor ideológico será Ramiro Ledesma, al igual que su primer activista. Son años de lucha intensa y agotadora los que siguen a la creación de las J.O.N.S., años de intenso esfuerzo para difundir las células de la nueva organización a través de toda la Patria. El esfuerzo de Ramiro se dirige principalmente a ganar para la idea nacional a los jóvenes militantes marxistas y anarquistas. “Vivía obsesionado por la nacionalización de las masas sindicalistas”, “hizo esfuerzos desesperados y magníficos para dotar a las multitudes anarquistas, desarraigadas y violentas, de la CNT (Confederación Nacional de Trabajadores) de un contenido nacional, de un sentido de Patria, de un amor filial hacia España” (Guillén Salaya). Como resultado de su apostolado dan fe los nombres de Santiago Montero, Manuel Mateo, Álvarez de Sotomayor, Francisco Bravo, Sinforiano Moldes o Emilio Gutiérrez Palmas, todos antiguos comunistas o miembros de la CNT.

En febrero de 1934, con la fusión de las J.O.N.S. y Falange Española, nace un nuevo movimiento de inspiración nacional-revolucionaria comandado por José Antonio Primo de Rivera. La nueva organización recibe el nombre de Falange Española de las J.O.N.S., y Ramiro, que recibirá el carnet nº 1, toma parte, junto a Ruiz de Alda y José Antonio, del primer triunvirato que asume la dirección colectiva del movimiento.

En 1935, Ramiro Ledesma, en desacuerdo con la línea del movimiento falangista (según su diagnóstico: enfriamiento del impulso revolucionario, pasividad e inactividad, inmersión en la estéril política parlamentaria, creciente presencia de intelectuales y estetas alejados de las preocupaciones del pueblo y de la verdadera vocación política, excesiva “derechización” del partido, etc.), se separa de la Falange junto con una pequeña minoría de jonsistas establecidos en diferentes regiones españolas. En los meses que se siguieron se producirían una serie de lamentables incidentes y de violentos enfrentamientos, no solamente verbales, entre el grupo disidente y la organización en la que militaron. En el transcurso de ese mismo año, Ledesma funda la revista “La Patria Libre” y escribe su obra “¿Fascismo en España?”, que relata desde un punto de vista ásperamente crítico la historia del fascismo español y, especialmente, de la Falange. También publica el célebre “Discurso a las Juventudes de España”, su obra más importante, clásico del pensamiento político nacional español. En este libro, obra más táctica y estratégica que doctrinaria, traza el

camino de la revolución nacional que deben llevar a cabo los jóvenes españoles, única fuerza capaz de salvar a la Patria, en cuanto punta de lanza de las masas.

Según relatan algunos de sus biógrafos, en el curso del siguiente año, año clave para la historia de España, Ramiro, ante la situación en que se encuentra la política española y ante la valerosa lucha de la Falange contra el sistema, inicia una serie de diferentes contactos con los dirigentes falangistas y con el propio José Antonio, a quien visita en la prisión, con el fin de reincorporarse de nuevo al movimiento. El 11 de julio de 1936, siete días antes de la sublevación, en el extremo de sus dificultades económicas —vivía prácticamente solo en Madrid, sin trabajo— y de la presión de los sindicatos marxistas que se oponen a su publicación, lanza el primer y único número de su nuevo periódico “Nuestra Revolución”, “el último augurio de la revolución española” (J. Aparicio). Por estas fechas estalla la sublevación nacional. Madrid se encuentra bajo el poder de las milicias rojas, que emprenden una sangrienta persecución contra todos los elementos sospechosos de “reacción” y de “fascismo”. Ramiro se niega a escapar y a esconderse, aunque sabe bien que es buscado por las hordas marxistas, que ven en él a un peligroso enemigo. En los primeros días de Agosto, mientras camina por Madrid junto a su hermana Trinidad, es arrestado por una patrulla de milicianos. El 29 de octubre del mismo año, en una de las “sacas” de la prisión de Ventas, cae asesinado al resistirse al grupo de milicianos que lo conducían, junto al otro gran Ramiro —Ramiro de Maeztu— a uno de los tristemente famosos “paseos”. “Me mataréis donde yo quiera, no donde queráis vosotros”, gritó con su voz característica, ronca, a uno de sus asesinos, al tiempo que agarró su arma. Una descarga de fuego y muerte segó su vida entregada por todos. “No han matado un hombre, sino una inteligencia”, comentó desde su exilio londinense Ortega y Gasset al recibir la noticia del asesinato de su joven discípulo.

El mensaje ideológico de Ramiro Ledesma Ramos podría ser resumido de la forma siguiente. En lo que concierne a los objetivos y las ideas directrices: primacía de lo nacional (la idea de Patria está en el centro de toda su filosofía política, a la cual quiere, por otra parte, dotar de un sentido de expansión imperial), afirmación de Estado, revolución social y organización sindical de la economía, exaltación de los valores heroicos y combativos, refuerzo de la Universidad y la Cultura sobre una base nacional y popular (en éste último punto se revela en intelectual universitario que siempre fue Ledesma con entera convicción). En lo que concierne a las tácticas y estrategias: papel dirigente de la juventud, incorporación de las masas, especialmente de las masas obreras, y acción directa. Según Antonio Macipe, los grandes objetivos revolucionarios de Ramiro son tres: “la exaltación del poder de la voluntad humana, la existencia de una “purificación del hombre”, sin la cual no hay revolución posible; la exaltación nacional, pues, como Ramiro afirmará con insistencia, la salvación del individuo no es posible sino bajo la protección de una Patria; la Justicia Social, la satisfacción dada al hambre de las masas, condición indispensable para que pueda existir una comunidad de vida”. Para Tomás Borrás, la gran aportación de Ramiro fue el concebir, como vía de solución a la crisis contemporánea, una “moral española”, dirigida contra la antinaturalidad marxista y contra la inmoral pasividad liberal: una moral antiseparatista, anticapitalista y anticomunista; una moral heroica y militante, revolucionaria; una moral profesional, de oficio y de corporación; una moral destinada a acabar con la corrupción parlamentaria y pacifista, con los picapleitos y tiburones del derecho, con los politicastos y los sofistas, basada en la convicción de que “ser español no es una desgracia, sino un espléndido don de la vida”. En la raíz de su inquietud política reside su angustia de español, de ser hijo de una Patria que fue grande y que en el presente apenas se mantiene en pie, explotada y engañada por los enemigos internos y externos. “Ramiro sufrió el sentirse hijo de un país colonizado, de un pueblo atado servilmente a la carroza de los imperialismos extranjeros, cuando España —como él escribiría— por naturaleza, esencia y autoridad, es y debe ser un candidato a Imperio” (Guillén Salalla).

Esta es la vida y la obra de Ramiro Ledesma Ramos, trazadas en tres breves pasajes. Manteniendo la disección y las precisiones críticas a las que antes hemos hecho alusión; disección y precisiones que hemos hecho desde un espíritu impersonal, guiados solamente desde el criterio firme y fiable de la Doctrina Tradicional.

Desde el punto de vista Tradicional, la aportación de Ramiro Ledesma —es forzado reconocerlo— se presenta como la menos consistente, la más débil y superficial, la menos útil y profunda, la de menos amplitud de vista, entre los fundadores del movimiento nacional-sindicalista, sobre todo si la comparamos con la de José Antonio. La suya es, tal vez, la más ligada a la coyunturas, la más condicionada por la influencia del momento histórico.

Ledesma no es precisamente un “hombre de la Tradición”. Al contrario, es un espíritu típicamente moderno; se puede decir que es un espíritu en el que los esquemas de base están conformados por los presupuestos espirituales, filosóficos y existenciales que constituyen la trama de la civilización occidental moderna, laica y profana, individualista y racionalista, surgida de la ruina del orden sacro medieval. La intoxicación moderna está especialmente agudizada en Ramiro. No vemos en él un hombre abierto a los contenidos del mundo tradicional; más bien es hostil hacia esos contenidos. A veces vemos, en ciertas ocasiones, cierta coincidencia con algunos aspectos de la cultura tradicional (como el ideal comunitario, el ideal heroico, la idea imperial, etc.), pero esta coincidencia es más aparente que otra cosa, es un residuo marginal, verbal, superficial, que no afecta en nada al contenido. En el fondo, la cosmovisión de Ramiro es una actitud moderna, un vitalismo exaltado, profano, sin raíces ni dimensiones espirituales.

Ramiro es un ejemplo característico de una de las tendencias de ese complejo y ambivalente que es el fascismo europeo: la tendencia que le define como un movimiento propio del mundo moderno, como reacción contra alguno de sus aspectos más aberrantes, pero sin tocar el fondo del problema y, al contrario, recogiendo la fuerza de otras corrientes que manan de ese fondo. En este sentido, el caso de Ramiro puede ser comparado al de Alfred Rosenberg en el nacional-socialismo alemán o al de Giovanni Gentile en el fascismo italiano, dos personajes entre los cuales la religación a la ideología moderna es evidente (nos remitimos a lo que Julius Evola ha dicho sobre este aspecto).

Se observa en Ramiro Ledesma, lo mismo que en Rosenberg o en Gentile —por no citar más que dos ejemplos de la vanguardia intelectual fascista— una completa y absoluta desorientación, una falta total de norte en los aspectos más fundamentales de la existencia: en la dimensión trascendente, sobrenatural y divina. Como buen intelectual moderno, se remite a las corrientes de pensamiento que dominan su época, se comporta como un hombre formado en los moldes de la filosofía moderna. Vemos en el pensamiento del que sería el fundador de las J.O.N.S., una y otra vez, una radical ignorancia de los valores superiores, inmutables y eternos que gobiernan la vida: los únicos que son capaces de orientarla y darle un sentido. Para ser más explícitos, podemos afirmar que en su obra y en su persona se constata la falta de principios —de auténticos principios—, que Guénon estigmatizó como una característica esencial de la moderna civilización occidental y del tipo humano que le corresponde, y esta es una verdad que hay que saber reconocer sin pasiones ni prejuicios de ningún tipo, con una imparcialidad y una objetividad totales, con plena independencia de la simpatía o de la proximidad que podamos sentir por la figura humana y política de Ramiro; como debemos de hacer también ante no importa qué otra figura histórica, si es que queremos salir del confuso marasmo de opiniones en el que se encuentra inmersa nuestra época y descubrir una vía recta y segura sobre la cual elevarnos.

Ramiro Ledesma es un hombre inmerso en la crisis del mundo moderno, aprisionado por ella; ésta es la raíz profunda de su drama íntimo, de la crisis intelectual y espiritual que se debate en su persona, como nos dice precisamente su amigo y camarada Emiliano Agudo: “Su falta de creencias le forzó a vivir en la angustia y en la acritud de una angustia realmente horrorosa”. En su persona, en su pensamiento y en su obra hay ciertamente mucho de pasión y vehemencia —pasión y vehemencia de gran nobleza y generosidad—, también de clarividentes soluciones políticas, pero sin ningún principio rector que sea realmente verdadero. Esto es lo que, para nosotros, indica la diferencia fundamental con José Antonio y Onésimo.

Como particularmente negativos de la herencia ideológica de Ramiro Ledesma, podemos detallar los siguientes elementos:

— La obsesión de lo nuevo, de lo actual y lo más reciente, que, en su visión, se eleva a la categoría de criterio director e inspirador; la actualidad de lo novedoso como carisma

consagrador. En esta posición se manifiesta un inmanentismo histórico que es la consecuencia de su falta de sentido de lo permanente de la que hemos hablado: la historia parece descubrirse en sí misma, en su propia marcha evolutiva y ascendente, en su “progreso” encuentra su justificación. Este es el punto de vista particular que le llevará a la exaltación de la juventud en tanto que fuerza portadora de la novedad, y a la admiración por el fascismo, “fenómeno de radical actualidad”. A esto se une una cierta mística revolucionaria, que es un elemento capital en la obra de Ramiro: la consideración de la “Revolución” y de lo “revolucionario” como aquello que tiene un poder rejuvenecedor y vitalizante milagroso, que se justifica en sí y que tiene en sí su propia legitimación en tanto que aporta novedades radicales, independientemente de su contenido. Como ha subrayado con justicia Hugh Thomas, para Ledesma “todo lo nuevo, desde la Rusia soviética a Mussolini, merece ser exaltado, y lo viejo condenado”. Es fácil de imaginar las consecuencias que tendría hoy —que tiene hoy en los sectores que siguen la misma línea— la aplicación de este culto de lo actual y lo novedoso, de lo subversivo y lo juvenil (basta mirar esa “dinámica de la tensión perpetua” que anima a los “taldes” de Jarrai o a los grupos de las Bases Autónomas).

— El irracionalismo vitalista al que se reduce toda su actitud de fondo, toda su “Weltanschauung”, todo su modo de mirar la vida, y en la cual no hay, ni puede haber, referencia alguna a los valores espirituales: exaltación de la fuerza por la fuerza, de la vitalidad, del “heroísmo”, de la violencia, de la acción, etc. Es fácil percibir aquí la influencia de Nietzsche, con todo su problemático mensaje.

— La ausencia completa en su obra de la dimensión sacral, que es consustancial a la Tradición; la carencia total de todo lo que supone una visión sacra, un contenido religioso, un fundamento metafísico, lo que entraña como consecuencia inevitable una falta de profundidad en las ideas, que atestiguan la parquedad, la superficialidad y la particularidad de su crítica a la crisis del mundo moderno, a lo que ha sido llamado, con justo título, “la decadencia de Occidente”: algunos síntomas claros de esta crisis, de este declive, son saludados como grandes victorias (por ejemplo: la mecanización a ultranza y la producción en serie, la uniformización, la masificación, etc.).

— La carencia de elementos necesarios e indispensables para la elaboración de una visión del mundo y de la vida, de una cosmovisión profunda, coherente y concreta. Su obra está compuesta de luces aisladas, de frases pasionales que consumen prácticamente su virtualidad en la esfera política y social (a diferencia de José Antonio, que contempla la amplia panorámica de la crisis moderna que gira en torno a la vida de los individuos y de los pueblos, y que insiste ante todo sobre “la manera de ser”, sobre la “poesía”, sobre la necesidad de una visión total de la vida y de un sentido espiritual integrador). La visión ideológica que Ramiro ofrece carece de orientaciones para la vida cotidiana, que es donde realmente, hoy y siempre, se decide el destino del hombre, así como el triunfo o el fracaso de una revolución. Como dice Emiliano Aguado: “Es difícil encontrar en la obra de Ramiro una norma concreta sobre no importa qué hecho de la vida cotidiana”.

Los resultados negativos a los que conducen las deficiencias de tales presupuestos estratégicos y filosóficos dan una idea para entender las afirmaciones concretas del pensamiento ramirista. Nos limitaremos a revelar siete, extremadamente conocidos y específicamente significativos:

1 - *Idealización de las “masas” y de la uniformización colectivista*; dicho de otra forma: idealización del mundo de lo informado y de lo inorgánico. Esto va parejo con el olvido del mundo de lo personal, de lo orgánico y de la diferencia, sin base posible de un orden normal. La idea de lo personal es arbitrariamente identificada a lo individual, y, por consiguiente, al reino del individualismo. La persona es así sacrificada a la masa, lo que constituye precisamente una de las características de la crisis moderna.

2 - *Un estatismo* o absolutismo totalitario, en el cual debe obligatoriamente resentirse la libertad personal, y que es el término final de un desarrollo histórico característico del individualismo moderno. Esta doctrina se manifiesta en sus matices y en sus expresiones a las que algunas veces le da un tono brutal, propio de corrientes subversivas tales como el bolchevismo o el anarquismo. Son significativos sus elogios al “Estado colectivista y a la

“Dictadura nacional”, y no menos significativo es el título de uno de sus artículos: “El individuo ha muerto”.

3 - *Una exaltación desmesurada de la violencia*; matizamos: de la violencia en tanto que tal, como valor en sí, independiente de cualquier legitimación y sin ninguna exigencia de legitimación trascendente o de consagración espiritual —donde, entonces, deja de ser “violencia” y se transforma en fuerza creadora de paz y orden—. Chocamos de nuevo con la falta de matices en las ideas y en las expresiones del pensamiento ramirista. Esto es lo que le ha permitido afirmar al profesor Francisco Martinelli que “al igual que Marx profesa el materialismo económico, Ledesma profesa el materialismo guerrero”.

4 - *Un pragmatismo y un activismo a ultranza*: culto de la acción por la acción, como aquello que se justifica a sí mismo —un rasgo, como el precedente, en el que se manifiesta la influencia nietzscheana—. “Al principio está la acción, el hecho. Después viene su justificación teórica, por último, su conversión ideológica”, proclamó el líder jonsista. Y en otra ocasión afirma: “nuestra actitud revolucionaria necesita hoy de hechos, de presencias robustas, más que de doctrinas”, “en el origen de nuestra marcha no hay una doctrina, es decir, una convicción adquirida intelectualmente, sino, más bien, un ardor voluntario”. A Ramiro se le escapó completamente la importancia de una auténtica DOCTRINA, de una TEORÍA en el sentido verdadero y espiritual del término —no una teoría filosófica, construida arbitrariamente por un espíritu individual—, y también se le escapó que la acción sin contemplación no es sino confusión, agitación que no hace sino sembrar el desorden y acentuar el caos existente.

5 - *Un nacionalismo extremo*: todo su pensamiento reposa, ya lo hemos dicho, sobre la absolutización de la nación como valor supremo de la coexistencia humana. Ramiro no mira más, no quiere mirar más de la gravedad y la amplitud de la crisis del mundo moderno, en cuyo contexto se inserta la crisis de todas las naciones occidentales. No ve que el problema de España, hundida y relegada, que él cree resoluble con la ayuda de una acción política decidida, es también el problema de todo el Occidente; a lo máximo, se interesa de saber si, sobre el plano intemporal, se afirma o no la dimensión de “lo nacional” como elemento clave de la historia moderna. Pero queremos dejar claro que este es un error que no le podemos reprochar, pues es una idea tremendamente arraigada en la mentalidad de la época, más o menos común a todos los movimientos “fascistas”. La propia Falange joseantoniana no fue extraña a esta tendencia.

6 - *Una admiración abierta por la Revolución Bolchevique*, considerada como “el primer fruto subversivo de la época actual” y como la “Revolución Nacional Rusa”, en el mismo sentido que las revoluciones fascista italiana y nacional-socialista alemana. “Su legitimidad, entendiéndola con esta palabra sus derechos a presentarse como una manifestación positiva del espíritu propiamente actual, es indiscutible”, dirá en el “Discurso a las Juventudes de España”. Bien diferente, y desde nuestra posición mucho más justa, será la opinión de Alfred Rosenberg, profundo y directo conocedor de la realidad de Rusia, como hombre nacido y criado en esas tierras, el pone cien veces de relieve la presencia de un elemento extraño, principalmente judío, en ese fenómeno sísmico que fue la revolución del 17; o la de Vidkung Quisling, testigo ocular de los terribles momentos y de las horribles secuelas de esa revolución. “Para Ramiro, el comunismo es una prueba más, la primera en el tiempo, del espíritu revolucionario del siglo XX. Es un sistema que, sobre el plano táctico, supera a sus errores y sucesos. Sobre el plano ideológico, no duda en reprocharle la ausencia de un sentimiento nacional y la dictadura del proletariado. Intenta como puede no subrayar demasiado la pérdida de la libertad individual ni el materialismo fundamental de todo el sistema” (F. Martinelli). En paralelo a esta admiración por la revolución bolchevique, que acabó con todo lo que de tradicional podía subsistir en Rusia, también vemos en el fundador de “La Conquista del Estado” un entusiasmo declarado por la revolución, profundamente antitradicional, antiislámica, modernista y occidentalista, de Mustafá Kemal en Turquía.

7 - No podemos evitar hacer una breve alusión a las significativas preferencias históricas de Ramiro; pues la visión de la historia es un elemento fundamental para orientar y definir una visión del mundo y de la vida. Las preferencias históricas del fundador de las J.O.N.S. están precisamente orientadas hacia el Renacimiento, punto de partida del mundo moderno

y fenómeno histórico-ideológico en donde se presentan contenidas en germen todas las aberraciones que se desarrollarían en el curso de los siglos siguientes, contra las cuales quiso luchar con todas sus fuerzas el hombre de acción que fue Ramiro Ledesma. Ramiro admira el Renacimiento como la era del descubrimiento del hombre y de su poder último sobre la naturaleza, como una etapa histórica de una poderosa expresión de vitalidad, de violencia y de heroísmo, en tanto que se opone, en acuerdo perfecto con los esquemas del historicismo progresista moderno, a la Edad Media, era oscura, tenebrosa y repleta de supersticiones. “El Renacimiento —escribe Ramiro— es para mí la época de las épocas. Nuestra más inmediata y preciosa tradición. El espectáculo del Renacimiento es la plenitud del mundo (...). La época lúgubre y oscura de la Edad Media es el gran pecado del hombre”. Ramiro no descubrió jamás la Edad Media luminosa, sacral, imperial, clásica, unitaria, solar y aria, que ha constituido la forma más alta del orden político, social y vital del Occidente europeo y que, según Julius Evola, ha sido la única civilización que, después del mundo antiguo, “merece el nombre de Renacimiento”. En este entusiasmo por el Renacimiento, si bien sintomático, se inserta el paso de Ramiro Ledesma Ramos a las posiciones del nacionalismo extremo español, que marcaron su itinerario político; en efecto, no es por azar, como pondrá de relieve el fundador de las J.O.N.S., que España, “primera nación de la historia moderna”, realiza su unidad durante el Renacimiento, la era en la que nacieron los “nacionalismos” bajo la forma de monarquías nacionales. En esta admiración por el fenómeno renacentista se inserta también su estima por Maquiavelo, de quien alabó, con las mismas palabras de Mussolini, “el mundo sutil y refinado de su política”.

Pero al igual que hemos querido forzar todas las precisiones críticas, indispensables e incontestables, tampoco nos queremos quedar atrás en todo lo que de grandioso y constructivo, todo lo que de genial intuición en pensamiento político tuvo Ramiro Ledesma Ramos, todo lo que tuvo de precursor, de iniciador de toda una corriente de pensamiento y de estilo de vida que produjo un hecho decisivo en la vida política e histórica de España. El mensaje del fundador de las J.O.N.S. es, en efecto, el punto de partida, la célula germinal, la prometedora semilla de la revolución española y, por consiguiente, de lo que será más tarde la Falange. “El gran precursor”, como le llamará Legaz y Lacambra en su magistral “Introducción a la teoría del Estado Nacional-Sindicalista”; el gran precursor “que vio, con una intuición, genial que somos hombres acabados y completos en tanto que somos españoles acabados y completos, y no al contrario”. Ramiro Ledesma fue “el hombre elegido por el destino de España para introducir en la agonía del momento el grito inicial de la Cruzada” (Santiago Montero Díaz); el hombre que “daría alma y doctrina a la España nacional” (E. Aguado). Su pensamiento “es uno de los programas políticos de contenido más profundo y de más largo vigor en nuestro tiempo” (Miguel Moreno).

Ramiro fue el primero en lanzar el grito de combate contra el sistema, sin contar con precedentes ni lugares comunes. Con su voz ronca, potente, ardiente y combativa abrió, en medio de la débil y endeble España de su tiempo, toda una nueva vía de posibilidades inmensas, una vía que recorrería más tarde la Falange Española de las J.O.N.S., donde su mensaje fue asumido, reforzado y completado, y también corregido en los puntos en los que así debió ser. En Ramiro no solamente reposan los fundamentos de la doctrina nacional-sindicalista, no solamente dará un vigor intelectual, con su potente inteligencia y su sólida cultura, a la revolución nacional española, sino que también inspirará, con su pasión y su entusiasmo abnegado, el impulso vital, poético y simbólico de su carácter, que José Antonio desarrolló más tarde, enriqueciéndolo. Ramiro fue quien reveló, con una genial clarividencia, la lúcida pasión del Estado y de la Patria, la necesidad de ruptura con la civilización burguesa, liberal y marxista, el proyecto de demoler revolucionariamente, a partir de posiciones nacionales, el desorden capitalista, la voluntad de terminar con la artificial dicotomía entre “derechas” e “izquierdas” en la que se debaten las discusiones políticas — todo, en fin, lo que propone la doctrina falangista—. Ramiro fue el creador de la totalidad de los símbolos, consignas e ideas-fuerza del nuevo movimiento. Él mismo forjó el término de Sindicalismo Nacional o “Nacional-Sindicalismo”, él fue también, junto con otros camaradas jonsistas, quien ideó el emblema del yugo y las flechas, el que dio forma a la bandera rojinegra; verdaderos hallazgos fueron sus gritos de combate: “¡Arriba los Valores

Hispánicos!”, “¡No Parar Hasta Conquistar!”, “¡Por la Patria, el Pan y la Justicia!”, “¡España Una, Grande y Libre!”; la idea del “Imperio Solar” español, simbolizada por la garra de león sobre el Sol, fue otra de sus intuiciones creadoras.

Y, más que todo lo que precede, es necesario valorar en la persona de Ramiro Ledesma Ramos una larga serie de virtudes y de cualidades ejemplares: su generosa y desinteresada entrega a la revolución española; su ferviente patriotismo y su ardiente amor al prójimo —la noble palpitación de su corazón, aparentemente frío y duro, ante la miseria del pueblo y ante la ruina de la Patria—; la firmeza de sus convicciones, pasional y vehementemente defendidas; su gran sentido crítico; su honestidad y su elevado sentimiento de exigencia (si hay mucho que criticar sobre su abandono de las filas falangistas, hay mucho que reconocer sobre que muchas de sus críticas están bien justificadas); su espíritu valeroso y combativo, que nunca se arredró; la claridad y la osadía de su pensamiento, no respetando ninguno de los hechos principales del liberalismo ni del marxismo; su ataque frontal y su combate implacable contra los mitos comúnmente aceptados de la era democrática, del sistema burgués individualista que minaba el ser de España y consume hoy a la totalidad de los pueblos de Occidente; la belleza sobria, viril, austera, combativa de su prosa, que revela todo un hecho del ser —“su prosa de tambor combatiente”, como dijo Tomás Borrás; “prosa fuerte, plena de un español sonoro (...), directa, lanzada ardientemente al corazón de los problemas, sin concesiones al mito común ni a una metáfora accesoria (...), ejemplo alto y viril de tensión polémica y temperatura de rigor apasionado” (Santiago Montero)—.

Y, sobre todo, Ramiro nos legó el ejemplo de su combate, el ejemplo de su vida en perfecto acuerdo con sus ideas. Ramiro consagró su vida por completo a su misión, un combate insaciable, salvaje, tenaz, donde lo sacrificó todo: su brillante carrera intelectual llena de inmensas posibilidades prometedoras, su misma actividad profesional, sus gustos literarios y filosóficos. La vida de Ramiro, no lo olvidemos nunca, está coronada con el derramamiento de su propia sangre en el martirio.

Por todas las razones que hemos nombrado, Ramiro constituye un ejemplo a seguir para la juventud europea tradicional-revolucionaria de hoy en día, un ejemplo de orientación doctrinal y un ejemplo de lo que debe ser la vida y su devenir. Un ejemplo de las razones por las que se debe vivir y morir.

[Trabajo publicado en la revista *Totalité*. Pour la révolution culturelle européenne, nº 13, París, otoño de 1981, p. 30 – 44.]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»  
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO  
>DOCUMENTO N. 76